LEA USTED

LA NOVELA FANTÁSTICA

100 páginas de lectura emocionante y de insuperable intérés. Las mejores novelas de su género de los mejores autores del mundo.

Ejemplar: **50** cts.

La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



50

TONO MONREAL

LA SIRENA DE LA VOLUPTUOSIDAD

La Novela Sugestiva

LA SIRENA DE LA VOLUPTUOSIDAD

por

TONO MONREAL

Ilustraciones de
ESTEBAN

40

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



s que hay que ver cómo van hoy las mujeres!

Esta exclamación brotó en los labios de Pacho al cruzar, viendo ante nosotros un grupo de muchachas que se encaminaban a la playa.

Y lo que es más extraño y alarmante todavía es que casi todas esas chicas son obreras de las fábricas de conserva, que apenas si ganan dos pesetas trabajando doce y catorce horas.

—Pues las medias son de seda natural, los zapatos caros y las ondulaciones permanentes que lucen las cuestan sus buenos cuartos en Bilbao.

Pacho, Mensive y yo continuamos nuestro paseo, siguiendo la turba espesa y municipal de aquel domingo de julio, tibio y perfumado por las brisas del Cantábrico.

El sol en lo alto ponía las aúreas pestañas en

la joroba del monte, y el mar, de un blando azul oleaginoso tenía palpitaciones lentas y ondulantes.

Era la época del calamar pequeño, y sobre la tripa en retortijones del mar, como pulgas, las lanchas se aferraban a las aguas con una constancia admirable. Junto a las bordas, los pescadores, subiendo y bajando las guadañas, parecían bailar sentados una danza silenciosa.

Cuando llegamos a la playa, la violeta del cielo ponía tonos heliotropos en las aguas, y la plata de las olas se rasgaba en la arena con rumores de seda.

La gente volvía a la ciudad, y solas unas cuantas parejas se decían su amor tumbadas en la arena, en espera de que la noche se pusiese las negras gafas celestinescas.

—¡Es imposible, no puede ser!

—¿Pero te has vuelto loco?—me preguntó Pacho, mientras Mensive abría de par en par sus ojos azules, irónicos y socarrones.

—¡Mirad!—contesté, y les señalé una espléndida morena, joven y garifa, que de pie junto a una caseta reía con otra mujer que llevaba en brazos un niño de unos dos años.

—¿Y qué es lo que te parece imposible?—me preguntó Pacho.

—Que esos pechos sean naturales. Que pueda ser natural esa petulancia bravía y agresiva que muestran los senos menudos y altaneros de esa morucha... ¡No, no puede ser!

Mis exclamaciones y miradas atrajeron la atención de la moza, que se quedó fija, examinándome.

Sonrió.

Me acerqué y me siguieron mis amigos.

—Perdone, jovencita. Hace unos momentos expresaba yo mi admiración a estos amigos al descubrir ese pimpante pechito que forma con su blusita dos encantadoras tiendas de campaña. Mostraba mi admiración y sostenía impertérrito que no era posible fuera natural y que no existiera algún arte ortopédico que así lo presentara de ufano y altanero.

—¡Ay, qué tío!

—No se alarme la moza, y escuche. Yo me apuesto cinco duros a que no es carne de su carne ese portento y que de serlo ha de ir protegido por algún armamento oculto o alguna goma elevadora.

La hermosa chiquilla, la gentil morena de ojos de brasa entornó aquellas lumbres endiabladas, sacó más el busto, haciendo estallar la seda de la blusa, y me contestó riendo:

—Si le tiro a usted uno a la cabeza, lo es*calabro*.

Mensive y Pacho me miraron con cierta lástima, y la otra mujer, que resultó ser hermana, quedó pensativa.

—Sostengo mi apuesta, y si quiere hago depositaria a esta señora de los cinco duros.

La morenita de los pechos picudos se quedó

pensativa, cruzó una mirada con la hermana y murmuró:

—Pero aquí...

Pacho y Mensive vislumbraron algo original e inusitado.

—Para darme yo cuenta de lo natural de esas preciosas protuberancias me basta con un ligero examen dactilar. Señora, tenga.

Saqué de mi bolsillo el billete de cinco duros y se lo tendí a la hermana.

Vaciló en tomarlo. Volvieron a mirarse y por fin la gentil criatura arqueó el busto y me ofreció la gloria de un pecho como esas fuentes que representan sirenas y que apuntan a los ojos con el broncíneo pezón reluciente por el tiempo.

Mi mano temblorosa, agitada por una dulce epilepsia, se posó en el seno izquierdo, y por la dura verruguita del pezón se trasmitió a toda mi sangre una cálida corriente de voluptuosidad.

Quise estrujar en dulce opresión lasciva; pero lo rotundo de aquel seno, la dureza marmorea de la taza invertida, mi temblor lujurioso, apenas si comprobaron que era carne, y muy suave, de mujer joven y tal vez virgen.

Pacho y Mensive me miraron con envidia y en sus ojos se asomó la lujuria vestida con su capa de llamas.

—¿Qué, se ha convencido usted?

—Sí y no.

—¿Cómo?

—Nada, preciosa criatura. He perdido el billete. Al tacto no cabe duda que es un seno endiablado, duro y casi corneo. Pero ..

—¿Pero qué?

La hermana me devolvía el billete.

—No, no, el billete pueden guardarlo para comprarle al niño un rascacielo. Pero comprenderán que, dada la emoción que he sentido y lo rápido del examen, el juicio no puede emitirse tan certero como fuera menester. Habría que...

La morena de los pechos punzantes me miró prometedora y yo callé, porque adiviné que escalonando una serie de apuestas llegaría a comprobar extremos más deliciosos para el porvenir.

* * *

Hacía calor todavía; pero como para pescar desde la costa es preferible la pleamar, salí de casa temprano y sin más ropa encima que el pijama, el sombrerillo de hilo lavable y las alpargatas sin calcetines. Me puse la caña desmontada sobre el hombro y con el cenacho bajo el brazo emprendí el camino de Urdiales. Me habían recomendado un buen pesquero en las lastras rocosas que ascienden hasta el mar, y provisto de quisquillas vivas en abundancia, tenía la esperanza de sacar aquella tarde algunas mojanas y pelpelutes, sabrosos peces planos y plateados que por su vitalidad y modo de arrastrar el aparejo dan a la pesca de

caña una emoción imprevista y llena de encanto.

Carretera adelante, forjando el cuento encantador de la lechera, marchaba yo abstraído, observando de cuando en cuando, entre los claros de las huertas, el estado del mar, un poco agitado por el Noroeste, rompiendo en las rocas sin grandes olas y lo más a propósito para, entre las espumas, lanzar el aparejo y sorprender la voracidad de esas clases de peces, tan suspicaces y listos, que sólo en días de un poco de mar pueden pescarse con aparejos muy finos.

De repente, una manchita rosada impresionó mi retina. Miré más fijamente y delante de mí, como a unos cincuenta pasos, descubrí la silueta de una moza que removió en mi sangre recuerdos dulcísimos.

No cabía la menor duda, era Pepita, la joven de los pechos de piedra, la gentil morena de mi apuesta famosa, que despacio, con una bolsa de labor en el brazo y protegiéndose del sol con una sombrilla de cretona de tonos rojizos, caminaba en la misma dirección mía.

¿Dónde?

Apreté el paso y en pocos instantes me puse a su lado. Antes me recreé en la bella estampa de mujer que era Pepita. Más bien alta, sin serlo mucho, tenía una altanería en su porte, una especie de dominio cósmico que hasta sola, sin saberse espiada, su arrogancia imponía; era de una naturalidad tal que, aun sabiéndola de cuna mo-



—Tan estupenda como tú.

desta, creyérasela emperatriz de un reino lejano.

¿Pero adónde iría?

Me puse a su lado y la saludé:

—¡Caramba, usted por aquí!

Sonrieron sus ojos y en el mohín picaresco de sus labios adiviné que sabía de memoria que todas las tardes más o menos temprano, yo hacía aquel camino en mis excursiones de pesca por aquella parte de la costa.

—Pero ¿le gusta a usted pescar?

—Un horror; es de las cosas que más me entretienen—le contesté.

—Pues yo no tendría paciencia para estarme las horas muertas con una cañita, esperando que se enganchase un pez. Preferiría cazar, caminar por los montes en busca de las aves o de los bichos, saltar tras ellos de loma en loma, agitarme, correr. ¡Pero en quietud!

Revivía en ella la clásica Diana. Los pechos menudos—mi continua obsesión—se henchían desafiadores, y a través de la débil blusilla; los botoncillos de los pezones eran dos puntos concéntricos en relieve que se destacaban turbadores.

—Yo amo la pesca porque tiene algo de aventura y misterio. Cuando lanzo el aparejo a varias brazas de agua y al cabo de unos instantes siento que la boya se mueve, formando circulitos en el agua, y que de pronto se hunde atraída por el pez; al notar la resistencia del mismo en sus deseos de escapar, un calor de emoción invade mi

corazón. ¿Qué será lo que aparezca en la superficie? Mire qué cosa más extraña: los latidos de mi corazón en tales momentos se parecen mucho a estos mismos que siento ahora pensando si en la divina pesca del placer—fíjese bien que no digo amor—sintiera que se enganchaba una sirena de carne prieta y escurridiza como usted.

—¡Qué cosas se le ocurren!

—Las lógicas, las naturales, las que surgen espontáneas al lado de una mujer tan estupenda como tú.

—¿Cómo?

—¡Tú! Sí. ¿Qué pasa? A una mujer que mira como tú, que anda como tú y que vale lo que tú, no se le puede hablar de usted; sería una ofensa. ¿Tú has visto que a Dios se le trate de usted? Contigo, o de rodillas o entre tus brazos, no caben términos medios.

—¡Exagerado!

—Mira, Pepita, ¿para qué vamos a engañarnos? Tú has venido esta tarde por aquí para encontrarme.

—Pero ¿está usted loco?

—Por ti. Escucha. No me creas tan idiota que al decir esto suponga que te mueve el deseo, la pasión, el capricho u otro impulso desinteresado. No, y no te ofendas. Tú eres joven, linda; tu situación no es desahogada ni mucho menos. Hoy cuesta un dineral vestir medio regularmente...

Pepita me miró sorprendida, pero no ofendida,

y continuó caminando al lado mío, oyéndome y rozándome con sus muslos prietos de yegua morena y briosa.

—Está todo tan malo... Además, usted me ha sido simpático...

—Tal vez; pero hay además una razón que está sobre todos tus escrúpulos, y es el ser yo forastero. Aquí, en estos pueblos, Pepita preciosa, los americanos y los veraneantes sacan las mejores tajadas en el festín de Eros. Bien; yo sólo te pido nobleza y lealtad ¿Eres virgen?

Me miró, y sólo un instante se ensombrecieron sus ojos. Después me contestó rotunda:

—No.

—Mejor. La virginidad es un pellejo que sirve de tapadera a la más peligrosa de todas las trampas. Mejor; la cirugía, aunque tenga todo el encanto de lo ginecológico, me horroriza. Yo creo que el primer amante de las mujeres tiene algo de carnicero y de verdugo.

—¿Usted no ha tenido ninguna novia virgen?

—Sí; pero besaba antes a todos los novios en sitios inconfesables. A mí sólo me quedó lo quirúrgico.

Caminamos callados unos momentos. Bajamos la carretera y continuamos por el camino de hierro minero que conducía hasta la costa.

* * *

Cuando llegamos a la lastra, el mar estaba imponente, grandioso; las olas rompían en las rocas, explotando sus granadas de diamantes como salvas gloriosas a la tarde llena de luz. Era una furiosa pirotecnia de mil cohetes de plata. Después, alocados torrentes descendían por las breñas, bañando la costa, festoneándola con el encaje inmenso de las olas.

Desde arriba, al borde mismo del acantilado, pisando el tapiz verde de los prados, y ya del brazo de Pepita, por todos los poros de mi cuerpo entraba a raudales el tonificante aliento del mar, que como un brutal afrodisíaco tensaba mis nervios y dilataba mi corazón, llenándole de deseos irrefrenables.

—¡Si nos vieran ahora!

—¿Qué podría pasar?

—¡Que me pondrían tibia en el pueblo!

—No te preocupes, querida. Nada te van a dar, y si lo que te quitan es la honra, para esos buitres de la murmuración habrá más de regodeo que de compasión.

Atraje a la moza por la cintura, y al abrazarla sus pechos durísimos se clavaron en mi carne como dos conos tibios. Busqué su boca, que el carmín endulzaba, y vicioso, penetré en un beso buceador, húmedo y cálido.

Los ojos negros se entornaron. Una ardorosa reciprocidad respondió a mi caricia, y cuando el primitivo impulso que surgía en mi carne se disponía

a saltar sobre la hembra propicia, Pepita dió un grito y me señaló, azorada, hacia el cementerio.

Dos hombres, provistos de unas cañas, aparecían por el mismo camino que llevarámos nosotros momentos antes.

—No te preocupes, monina; como está el mar hoy, es imposible pescar; en cuanto lleguen a lo alto del promontorio se volverán.

Efectivamente, a los doscientos pasos se detenían, y después de comunicarse sus impresiones, retornaron hacia el pueblo.

—Es mejor—propuse a Pepita—que descendamos por uno de estos barranquillos y nos ocultemos en las cuevas de lo hondo.

—Pero ¿qué se ha propuesto usted?

Su alarma era de una comicidad tonta. Estaba muy en su punto

—¿Que qué me he propuesto? Vamos, Pepita, no creo yo que hemos llegado hasta aquí para buscar percebes.

—Yo venía paseando..

—Y yo... Yo también. Pero nos hemos encontrado, estamos solos, tú eres una estupendez de criatura, tienes un cuerpo divino, al que le tienen que sentar admirablemente unos trajes que he visto en Bilbao que quitan la cabeza. Además, esos zapatos están muy malillos ya, y como mi gusto es que revienten de envidia algunas postineras de Castro, te haré un buen regalito.

La tomé de la cintura y descendimos por la

lastra; siguiendo una veredilla, llegamos hasta unas rocas formidables, desprendidas quizás en algún trastorno geológico de tiempo remoto. En el paredón de arena se veía una grieta enorme.

—¡Pero!...

—Ven, anda. Entremos. Estoy loco.

—No... No. . Otro día.

—Para el amor no existe el mañana.

—Me da una vergüenza horrible.

La apreté contra mi pecho con tal fuerza que nos escurrimos. Escapó una nube de cangrejos que se escondieron en las rendijas disimulándose en curioso mimetismo.

—¡Qué pensará usted de mí!

—Yo, en estos momentos, no pienso, Pepita adorada; soy todo acción.

Uní a ello la palabra y mis manos glotonas recorrieron la maravilla de carne hecha estatua viva. Como mariposas alocadas cayeron sobre los senos pimpantes, y en la bucrilla de los vértices libaron por encima de la seda de la blusa.

Ya la lujuria devoraba mi corazón y sus oleadas nublaban mis sentidos. La animalidad triunfante borraba en mí al galán y el macho reclamaba sus derechos.

—¡Oh, no!

—Sí.

—¡Por Dios!

—Deja.

—¡No debe ser!

—¡Será!

—¡Es un abuso!

—¡Es la vida!

En todo este diálogo, balbucido más que hablado, íbamos los dos desabrochando botones y descubriendo todos los tesoros de belleza que, sabia la naturaleza, acumulara en aquel cuerpo de mujer de dieciocho años, morenos, del color del azúcar sin refinar.

La cueva era como un templo maravilloso. Una arena fina y suave convidaba a tenderse en ella, y del techo, como lágrimas petrificadas, las estalactitas ponían un dosel quimérico.

El cuerpo de Pepita se recortó en la claridad de la entrada, y por un momento el sentimiento de la belleza ganó mi alma, conteniendo el torrente de mi sangre hecha lava en el cauce estrecho de las arterias.

Menudos senos, agresivos, vaciados en un cáliz portentonso de graciosa hechura. ¡De qué materia extraña estáis compuestos, que, duros y punzantes, firmes y rotundos, tembláis como dos palomos acobardados? ¿Qué rasgo genial trazó el escorzo encantador que arancando de la axila muere en la amplia curva de la cadera?

Procuraba la gentil morena cruzar los muslos cubriendo el madejón negro del sexo; pero su exuberancia brotaba rebelde, manchando el vientre deprimido de diosa con sus humos espesos nacidos de las brasas recónditas de la feminidad.



El cuerpo de Pepita se recortó en la claridad de la entrada.

De rodillas, me abracé a sus muslos, y como creyente de un rito de santa paganía, recé así:

—Dios te salve, Pepita; llena eres de gracia; en tus pechos de mármol se hizo un milagro: la simetría; florecen como rosas de un rosal de pasión las dos medias esferas de tus senos gallardos.

Puso sus manos sobre mi cabeza, y hundiendo sus dedos en mis cabellos, me hizo besar los poderosos muslos que olían a hembra joven y sensual.

Alcé mi cabeza y vi sus párpados entornados, y entre las rizadas pestañas, el brillo de las pupilas delató el estado de su carne, propicia ya a las voluptuosas entregas.

Me alcé del suelo y en dos segundos me desprendí del pijama.

Hicimos lecho de la arena suave, polvorienta. Unas veces mis ojos se cerraban en los espasmos, bebiendo la llamita que ardía en los de ella, y otras, cabalgado por ella, me parecía que todas aquellas lanzas que pendían del techo de la cueva iban a caer sobre nosotros, clavándonos para siempre en el interior de aquella gruta milenaria que quizás vió los amores terribles del hombre de las cavernas y repitió en sus ecos el grito bestial de las vírgenes prehistóricas.

* * *

La noche había colgado su cortina de estrellas en la entrada de la cueva.

Pepita y yo seguíamos entregados al placer en un olvido extraño de todo. No existía para nosotros nada más allá del sitio reducido que ocupábamos en el hoyo que nuestros cuerpos habían hecho en la arena. Sustraídos a las sensaciones placenteras de la pasión, el tiempo inexorable había ido sumando minutos y horas en el libro del universo, y en su rosario eterno y porfiado, empujó al sol tras de los montes, tiñó de violeta los cielos y, por último, encendió en el zafiro de la bóveda infinita las lámparas centelleantes de las estrellas y fundió la cimitarra torva de la luna.

El viento había cedido, y el mar, callado y como suspenso ante el enigma del amor, apenas si susurraba en las peñas.

—¡Tengo frío! Pero ¿qué hora será?

—No te preocupes, querida.

Se alzó del suelo. En la oscuridad de la cueva puso su estatua viviente algo de extraña luminosidad.

—¡Pero si es de noche!

—¡Anda, pues es verdad!

—¡Qué horror! A qué horas voy a llegar a mi casa. Vamos a vestirnos.

Mi ropa estaba llena de arena, la sentía pegada al cuerpo, llenaba mis alpargatas.

En un dos por tres estuvimos vestidos, la di unos besos y fuimos a salir.

—¡Pero si está subiendo la marea!

Efectivamente; apaciguado el mar, sin duda al anochecer, lentamente había ido cercándonos, dejándonos incomunicados. Situada la cueva en una de las vertientes de la barrancada, el agua había llenado todo el cauce, antes seco en la bajamar, y lamía ya la entrada de la gruta; si la marea estaba entonces en su promedio, fácil era el adivinar que acabaría por inundar la cueva y nuestra situación iba a ser muy comprometida.

Procuré animar un poco a mi compañera.

—Yo creo que debe estar ya bajando.

—No—me contestó Pepita—. ¡Qué horror! Si fuera de día podríamos aventurarnos a salir; pero a estas horas no hay medio. ¡Qué locura, Dios mío! ¡Me está bien empleado!

—No te apures, mujer, que todo se arreglará. Yo sé nadar, puedo salir y avisar. Pero vamos antes a explorar el interior; a lo mejor tenemos un sitio donde subirnos y esperar que baje la marea, caso de que esté en su mitad.

—¿Y si no baja hasta las doce de la noche? ¡Pobre madre mía!

Me dió pena la muchacha y la acerqué a mí, tomándola de la cintura.

—No te pongas así. Puedes decir que has estado en casa de una amiga; en fin, después de todo, tu madre no es muy severa con vosotras.

—No es eso, es su inquietud lo que me aterra.

—Anda, vamos a ver hasta donde llega esto.

Avanzamos en la oscuridad cogidos de la mano. Pepita lloraba y yo, un poco preocupado, medía todo el alcance de la aventura en que me metiera tan tontamente!

¡Hermosa trampa, después de todo, la que me tendía el destino!

Sin embargo, no era la muerte lo que más me preocupaba en aquellos momentos. Era la terrible situación de Pepita, comprometida por mi culpa ante los ojos de todo un pueblo murmurador, y dispuesto siempre a maltratar al caído y pisotearlo más en su desgracia.

A los pocos pasos, unos diez metros a lo sumo, terminaba la cueva, y a pesar de su desnivel, era éste tan escaso que a estar la marea en su principio dentro de una hora a lo sumo el agua nos llegaría a la cintura.

—¡Esto es espantoso!—sollozaba Pepita.

—Calma, mujer. Veré yo de salir y avisar en la caseta del guarda del cargadero.

—¡Oh, no! ¡Eso nunca!

—Pues no veo otro remedio si la marea está subiendo. No pretenderás quedarte aquí dentro y morir ahogada.

Nos acercamos a la salida. El agua se extendía a derecha e izquierda y la rojiza luna hacía más siniestra aquella lámina ascendente que ya penetraba más de medio metro en el interior de la caverna.

—Mira, voy a desnudarme y exploraré para ver si haces pie.

—¡Oh! Ten cuidado; sería horrible que te pasase algo y me quedara aquí sola. ¡Qué horror!

Con toda prudencia salí de la caverna, tanteando con los pies para no dar un resbalón y golpearme con alguna roca. Traté de remontar el curso del barranquillo, única escapada posible para la temblorosa hembra que allí en la cueva se encontraba en bien poco sonriente situación.

Avancé lentamente. El agua seguía subiendo, y si el noroeste hubiera soplado lo más mínimo, la situación de náufragos del amor, de embarrancados de la voluptuosidad, tendría ya a aquellas horas más terribles consecuencias, quizás catastróficas para los dos, pues con el mar tranquilo todavía me quedaba el desesperado recurso de dar a elegir a Pepita entre la honra y la vida, y yo creo que cuando viera la cosa imposible se decidiría a que yo fuera nadando al cargadero de mineral situado a unos doscientos metros de allí, y en cuya caseta existía el bote de amarre de los barcos, y con ayuda del guarda vendríamos por ella, y si luego se murmuraba, siempre sería un mal menor.

Pensando así olvidé mis cuidados y, ¡cataplum!, me escurrí, zambulléndome en el agua hasta los hombros entre dos piedras ocultas por la marea. Salí como pude y de dos brazadas gané entonces la orilla.

Aquello me convenció de que para Pepita la salvación estaba avisando al cargadero y que no quedaba otra solución.

Pensé por un momento salir a la disparada; pero como no tenía con que cubrirme, y en la caseta vivían las dos hijas del guarda, no creí oportuno darles ocasión de desear, y más considerando a qué extremos terribles conducían los deseos.

Volví, pues, a la cueva, en donde las aguas habían ganado cerca de dos metros.

—¡Pepita!

Allí en lo oscuro, me respondió el sollozo entrecortado de mi hembrita. Me dió pena, mucha pena, y me acerqué a ella, abrazándola.

—Vamos, no seas chiquilla. Voy a ir al cargadero y sin que me vea el encargado trataré de botar el barquichuelo y venir a por ti.

—¡Oh! ¿Y si te ven?

—Pues mira, no hay otro medio. Espera, que antes de un cuarto de hora estoy aquí. Caso de que tardara, no te preocupes.

—¡Oh, no! ¡Prefiero morir! ¡Sálvate tú!

—¡Yo sin ti! De ninguna manera. La diñaremos juntos.

Pepita me abrazó, y, ¡cosa extraña!, húmedo del reciente baño y con todas aquellas preocupaciones, aquel abrazo fué un latigazo para mí y todos mis nervios respondieron a la descarga del deseo. La carne de Pepita, apretada a la mía, no queriendo dejarme ir, enardeció mi masculinidad. Sentí la brasa de sus senos punzar mi pecho como

dos inyecciones de lujuria, y sin pensar ni en la vida ni en la muerte, en la oscuridad nupcial de aquella tumba milenaria canté al amor brioso y decidido en el cauce húmedo y tibio de las entrañas propicias de la mujer.

* * *

Volvimos a perder la noción del tiempo (que el amor lo borra todo y es la fiebre de la carne cendal milagroso que nubla la realidad).

Nos desprendimos del lazo de piernas y brazos y salimos a la puerta de la caverna.

—¡Mira! ¡Oh, qué alegría!

Me di cuenta en seguida del contento de mi compañera. El mar se había ido retirando y como monstruos marinos asomaban las puntas de las rocas en un alegre rebaño húmedo y brillante a los rayos de la luna.

—Vamos a vestirnos—exclamó Pepita—. ¡Gracias Señor! ¡Ya estamos libres! Claro que en mi casa me van a echar una bronca horrible; pero la doy por bien empleada porque me has hecho pasar los ratos más deliciosos y más horribles de mi vida.

Comenzó a vestirse, y mientras lo hacía, continuó:

—¿Quieres creer lo que voy a decirte?

—Yo siempre creo a las mujeres mientras no me dicen que tienen la madre paralítica y me piden veinte duros. Es una cosa muy curiosa el que la mayoría de las madres de las mozas más movibles del planeta se encuentren imposibilitadas en su sillón.

Rió Pepita y me dijo:

—No, no se trata de eso ahora. Ya te he dicho antes de entregarme a ti que había sido de mi novio, de Ramiro Almirez, el hijo del conservero más rico del pueblo; estuve con él en todas las romerías del verano, en Otañés, Santullán, Guinzo; en todas. Por las noches, cuando volvíamos de las romerías, Ramiro me atropellaba y se quedaba después tan tranquilo. Yo te digo la verdad, me agradaba el verlo hecho un bruto, excitado por mi belleza, y después sacarle un billetito de cinco duros para el cine y los toros o para ir a Bilbao a ondularme—que con sus manazas me ponía el peinado imposible—; pero lo que se dice gozar, sentir eso que dice mi hermana que rinde y agota más que una jornada de lavado en el río, eso no, jamás. Yo no sé si sería porque el muy bestia lo hacía mal o porque como era así, de pronto, y le olía el aliento a vino, no me entusiasmaba; la razón es que, chico, creémelo, me parecía que aquello del placer era un cuento que habían inventado los hombres para entusiasmar a las pobrecitas mozas y hacer de ellas su gusto. Así creía yo hasta hoy; pero hasta hoy en estos últimos momentos; porque antes, cuando llegamos aquí y fuí tuya por primera vez...

Hizo Pepita una pausa; yo, intrigado, indagué:

—¿Qué?

—No sentí nada. Me encontraba mejor que con Ramiro. Tú eres más fino, hueles mejor, acaricias tan suavemente, besas de un modo... Pero el latigazo, ese estremecimiento que dice mi hermana...

—Que deja tan agotada como una jornada de lavado—interrumpí.

—Eso, no. Te lo juro. Me encontraba bien en tus brazos. Me envolvía una cosa extraña, como una atmósfera tibia de roces de seda. Luego un entorpecimiento, ansias de algo...; pero nada más.

—Pues, chica, ese es un caso...

Ya vestida, la tomé del brazo, y libre ya la veredita por donde llegamos a la cueva, comenzamos nuestra ascensión por el barranquito, en seco ya del todo.

Llegamos a lo alto y miramos el mar, quieto, tranquilo, dejando cada vez más al descubierto las peñas próximas a la orilla.

Respiramos a plenos pulmones y nuestros pies se encontraban a placer pisando el tapiz del prado. A lo lejos, las luces de Castro eran una siembra de semillas luminosas arrojadas por el faro, que de cuando en cuando lanzaba sus destellos como aspas de un molino astral.

—Pues, sí. Fué después—continuó Pepita—, cuando llena de miedo veía cercana mi muerte, el instante crítico en que mis nervios saltaron como cristales al abrazo de tu carne. ¡Oh nene querido!



—¡Ya estamos libres!

Lo que yo he sentido... No me atrajo hacia ti en un principio más que tu fama de espléndido y reservado con las mujeres; además, el saber que dentro de unos meses te vas a Madrid y quizás no vuelvas más. ¡Ahora sólo pensarlo me da pena, mucha pena!

Caminábamos por el prado enlazados por la cintura y cambiando besos que chascaban en la noche tibia y perfumada. La luna se clavaba en mi cabeza como una navaja en un melón, y al pasar por el cementerio, construído a unos metros del mar, Pepita se pegó de tal modo contra mí que la pregunté:

—¿Tienes miedo?

—Sí; siempre me han dado temor los muertos. ¡Y pensar que yo estuve tan cerca de morir!

—No recuerdes cosas tristes.

Seguimos andando. A veces teníamos que saltar las matas espinosas de los cercados y los alambres con púas de las heredades. Al llegar a la ensenada de Urdiales, sobre una peña devoraba una nutria un gran pescado, brillando a la luz rojiza de la luna las escamas como lentejuelas amarillentas. Al aproximarnos se deslizó al agua y la vimos nadar, dejando una estela luminosa, en dirección a un peñón más internado en el mar.

El faro parecía el ojo del pueblo entero buscándonos, interesado en descubrirnos para poder después hacer jirones la vida de una pobre mujer.

El ferrocarril minero atravesaba la carretera, y

aunque luego corría paralelo a ella, al acercarse más hacia la montaña la atravesaba en parte por un túnel.

—En vez de seguir ahora por la carretera—dije a Pepita al llegar al paso a nivel—, seguimos por la vía.

—¡Es ya muy tarde!

—Pero si llegamos al mismo tiempo.

—Como quieras.

A los pocos minutos estábamos en el túnel. Lo recorrimos con las bocas juntas y teniendo yo entre mis manos los duros senos palpitantes.

—¡No, déjame! ¡Pero, Dios mío, qué es esto! Siento ganas de correr, de volar, de irme a mi casa huyendo de ti, y sólo al pensarlo me aferro más a tu boca, que me hierve el alma y me hace vacilar. Pero ¿qué es esto tan dulce que siento en mis venas? Pero, ladrón, ¿qué me has dado?

—¡Amor! ¡Amor del rico! He despertado en ti todo el tesoro de voluptuosidad que dormía en tu carne morena, y eres ya la mujer que descubrió el misterio sublime del placer. Ahora tendrá para ti más explicación la vida, y quizá al verte bella no sientas tanto no poder vestir de seda y lucir alhajas.

Mis manos avaras recorrían la estatua palpitante, y en avances cada vez más atrevidos, se perdían en las cálidas suavidades de los muslos, que se cerraban y entreabrían movidos por el fuego interior de su rosa de pasión.

... Y junto a la vía, en un propicio campo de maíz, crujiente y oloroso, bajo las mazorcas como guardia de alabardas de nuestro idilio, volví a sentir la entraña de Pepita palpitar en los espasmos del placer, cercando en caliente anillo mi sexo en brasa.

* * *

Por las mañanas acudía yo temprano a la playa, tomaba la caseta número cuarenta y dos, me desnudaba y me zambullía en el mar. A la media hora escasa aparecía por el bosquecillo de plátanos Pepita, toda de blanco, elegantísima, con su faldita muy corta, mostrando sus piernas admirables enfundadas en las medias barquillo, modeladas como Dios. Los tacones altos de sus zapatitos de lona daban a su graciosa altivez mayor encanto y gentileza.

Tomaba la bella morenísima la caseta cuarenta y uno, dejaba abierto por dentro, y yo, como el que no hacía la cosa, daba unos paseítos por la arena, pegaba cuatro saltos atléticos, me cercioraba de que nadie fisgaba y me equivocaba de caseta.

—¡ Oh ! ¡ Si nos vieran !

Esta exclamación de Pepita era la de todos los días. No variaba más la cosa en que unas veces me la hacía vestida, otras en camisa y la mayoría desnuda : dependía del tiempo que yo tardaba en colarme en el cajón de tablas, pobre y agujereado,

en el que el sólo «confort» estaba traducido a unos bancos de madera estrechos y cortos, un barreño de lata para los pies y un turbio espejo de marco desencolado, que tenía la curiosa propiedad de reflejar las narices del que se peinaba delante de él entre los dos ojos. Mágico, diabólico espejo que hacía exclamar a Pepita muchas veces :

—¡ Fíjate cómo me has dejado, hecha una verdadera birria !... ¡ Qué cara !

Una de las cosas que más me excitaban era colocarle el traje de baño a mi queridita. Embutirla en la seda roja del *maillot*, que enguantaba la satinada carne morena, como una brillante epidermis áspera, me enloquecía. Era una tarea árdua y enardecedora. Y lo terrible era que la mayoría de los días, cuando la veía como una diosa del averno, con su casquetillo rojo y estrangulado el muslo hermoso por el borde de las prietas braguitas, la *despellejaba* el *maillot* como un sayón de los tiempos de Diocleciamo, y después de besarla, sembrando todo el divino cuerpo de rosas de succión, de pie y valido de su aventajada estatura con relación a la mía, prendido de un seno cantaba a Eros, que a veces parecía cortarme los tendones de Aquiles, y me obligaba a cerrar más las preciosas caderas de mi amada.

Abría yo después la puertecilla de la caseta con cuidado ; comprobaba que no había moros en la costa, y dando unos inocentes saltitos, ¡ zas !, ¡ plas !, al agua.

Pepita salía un rato largo después, y como si no me conociera se agarraba a la cuerda que desde la arena hasta las boyas, dos barriles pintados de alquitrán, servía de pasamanos a las que no sabían nadar.

Una mañana en la caseta, después del diario *desmallo* de Pepita, me pidió ésta que la enseñara a nadar. Me sorprendió su deseo, toda vez que procuraba que nadie la viera conmigo y había conseguido que nuestros amores permanecieran ocultos.

—Como quieras—le contesté—; pero me parece algo peligroso. ¡Si nos ven juntos bañándonos pueden sospechar!

—No importa; quiero aprender a nadar; estoy decidida a que me enseñes tú. ¿Cuánto tiempo puedo tardar en aprender?

—Depende del valor que tengas. Pero lo que no acierto a explicarme es la necesidad que tienes de ello. Fíjate que es muy comprometido. La gente es muy mala; estos pueblos, de nada hacen un mundo.

Los ojos de Pepita brillaron como dos azabaches.

—Es necesario que yo aprenda a nadar antes de que te vayas a Madrid. Este mismo verano.

Había tal decisión en la moza, que no me atreví a negarme, y desde aquella mañana comenzaron las lecciones. Tenían éstas para mí un encanto extraordinario, en el que—¡pobre hombre!—la vanidad tenía su mayor tajada. Sentía la mirada

envidiosa de los otros bañistas clavarse en mí, queriendo descubrir en nuestras manipulaciones natatorias algo perverso y oculto, escarceos de una sabia lujuria que hacía del líquido elemento velo propicio que ocultaba sabrosas intimidades.

—Ponte boca abajo. Así; no te muevas.

—No me pongas la mano ahí que me pones negra.

—¡Vamos, anda! ¿No ves que tengo que buscar el centro de gravedad para que no te hundas?

—Pues mira, no hundas el dedo gordo tanto en el centro de gravedad. Lo que quiero ahora es aprender a nadar. ¡Tiempo tenemos en otro sitio de perder la gravedad y troncharnos partiéndonos el pecho!

—¡Bueno! Tiéndete. Más rígida. No respires así. Procura tener siempre aire en los pulmones. Mueve las manos. ¡Pero mujer!

Se hundía cuando intentaba avanzar moviendo los brazos.

—¡Que me ahogo!

Volvíamos a empezar.

Mi situación era terrible. La maravilla carnal de mi querida, en los momentos en que el miedo la obligaba a aferrarse a mí, aun dentro del agua, excitaba mis nervios de tal modo, que dentro del agua y todo, mi naturaleza reclamaba sus derechos haciendo exclamar a Pepita:

—¡Qué bruto! ¡Pues no eres tú nadie! Así no hay modo de aprender.

—Es una medida de precaución, tontita. Caso de que pierdas pie, ya tienes donde echar mano.

—¡ Bestia !

—¡ Negra !

Mi mano bajo el agua buscaba el delta del sexo, y a duras penas podía contener Pepita un gritito de sorpresa.

Los mismos movimientos de su cuerpo sobre la palma de mi mano extendida bajo su vientre; aquella escurridiza ondulación de la morenita prieta y firme era un espolazo en mi medula tensa y vibrante como la cuerda de un violín.

Encarnaban en mí los sensuales tritones del cortejo de Afrodita. ¡ Respondían mis venas en el agua a la llamada del deseo lo mismo que en la más caldeada alcoba cortesana.

Muchas veces, en los descansos de la lección, buceaba como un delfín, y por entre las columnas maravillosas de las elásticas piernas de la moza me introducía gozoso de sentir en mis riñones la caricia de sus muslos.

Un día, cuando ya ella comenzaba a nadar sola y heroica hacia los cincuenta metros sin poner los pies en el fondo, me puse tan bruto, me asaltó una idea tan ricamente cochina, que le propuse :

—Oye, Pepita, ¿vamos hasta las boyas?

—Es muy lejos No, todavía no sé bastante. Me canso en seguida Otro día.

—No; hoy.



—No me pongas las manos ahí.

—Mira qué gusto.

—Puedes ir avanzando agarrada a la cuerda y nadando con los pies y la mano libre.

—No, no. ¿Qué pretendes?

—Ver en más cantidad de agua cómo lo haces mejor.

Convencida, y en la forma que lo dije, llegó hasta los barriles alquitranados que servían de boyas. Yo nadaba a su lado, gozando del espectáculo de ver en la claridad del agua traspasada por los rayos solares el cuerpo de Pepita ceñido por el rojo *maillot,* un poco desvaído, difuminado, pero con algo de especial que me encantaba. De cuando en cuando, la esfera pomposa de las caderas hacía su aparición, partida en dos gajos simétricos, llenos, maravillosos, hermoso melocotón sangriento en el que la luz resbalaba acariciadora, abrillantando su madurez.

—¡Ven aquí!

—¿Qué intentas?

—Agárrate a la cuerda bien.

—Dime antes.

Pepita, atemorizada, miró hacia la playa distante, en donde la policromía de la multitud ponía notas alegres y paganas.

Era la hora de los chicos, y en el borde mismo del agua, haciendo castillos, saltando tras de las pelotas, lanzando barquitos, los niños con sus criadas estaban ajenos a todo lo que no fuera las infantiles diversiones.

—Estoy envenenado de lujuria, Pepita mía.

—Pero ¿qué pretendes?

—Poseerte en el agua.

—Pero si no es posible. Además, no quiero; desde la playa nos verían.

—No nos ven aquí, detrás del tonel.

—Pero ¿y el traje de baño?

—Lo rasgo un poquito.

—¿Con qué?

—Con los dientes.

Los ojos de Pepita brillaron como ascuas.

—No, no; de ninguna manera. Yo te suplico.

Quedó un momento pensativa:

—Además, no podrás. Y aunque pudieras, ¿cómo iba yo a salir fuera luego?

—Ni se conoce. No hace falta romper tanto.

—¡No, no!

Me zambullí, y buceando me introduje entre los muslos de Pepita. El movimiento de las piernas de ésta para sotenerse flotando, amenazaban mis narices con sus rodillazos.

Intenté primero con los dedos, y viendo que era imposible rasgar el traje de baño si antes no le hacía un boquetito, acerqué bien la boca y con los dientes apresé un plieguecillo de tejido.

Rasgué un poco, pero en mi nerviosidad tiré también de unas ligeras briznas, y sentí dos bofetadas de los muslos de Pepita.

Con los dedos logré ensanchar más la brecha.

Roja como sandía apareció mi faz en la super-

ficie. En las pestañas de Pepita temblaban dos lágrimas.

—¡Bestia! ¡Bruto! ¡Mal hombre! ¡Sátiro!

Pero en el color de las mejillas y en el modo de mirarme comprendí que aquel dolor había removido en ella algo muy perturbador, de una extraña morbosidad masoquista.

Me agarré también a la cuerda, y la atraje hacia mí. Me acordé en aquellos momentos de las jibias, esos bichos parecidos al calamar, tan excesivamente sensuales, que los pescan atando la hembra a una cuerda que dejan a media agua, colgando de la barquilla, y que en cuanto el macho la ve salta sobre ella y es tan estrecho su abrazo, tan enorme su espasmo, que son izados a bordo sin romper sus voluptuosos lazos.

Pepita—al fin mujer—se dejó dominar por la curiosidad, y aunque lo cosa era muy difícil—sobre todo no siendo jibia—, pudimos sentirnos hondamente

¡Pero no hubo modo!

¿Por el frío?

¿Por el miedo?

No. Porque en sus movimientos por no hundirse Pepita me daba cada rodillazo que teníamos que volver a insistir cada cinco segundos.

* * *

Corrió la noticia por el pueblo como la llama en un reguero de pólvora. En una de las grutas de Urdiales había aparecido el cadáver de Ramiro Almirez, el hijo del famoso fabricante de conservas. Unos pescadores de percebes lo encontraron desnudo entre dos piedras, por lo que no lo arrastraron las olas.

En el pueblo había causado sensación el fúnebre hallazgo, más que nada, porque no sabiendo nadar el muchacho no comprendía nadie cómo se había aventurado a bañarse en un sitio tan peligroso

El padre, desoladísimo, pues era el único varón de su prole, realizó pesquisas, suponiendo algo criminal; pero no encontrando indicios para sostener tal suposición, abandonó todas sus búsquedas y se encerró con su dolor entre el bullicio de la fábrica de salazón y conservas.

Pepita vistió luto y estuvo varios días sin salir, y una tarde, antes de regresar yo a Madrid, me mandó una carta con un sobrino concebida en estos términos:

«Macho.: Te espero esta tarde en la carretera de Miaño, en el bosquecillo de castaños de la revuelta de Cotolinos; no faltes, te necesito. *No es cuestión de dinero. Ni de lo otro.* Es mi alma, que necesita compartir contigo algo horrible; no puedo con toda la carga de un secreto, y espero que tú,

tan noble, tan querido, me alivies del peso terrible que gravita sobre mi corazón.

P. p. t.»

Estaba yo en el Club Náutico cuando recibí la carta de Pepita, que me dejó completamente desconcertado.

Era extraño, muy extraño, que ella, tan discreta siempre, se hubiera decidido a escribirme una carta.

Ni las bromas de mis consocios, entre los que el comodoro Santa Ricina tenía la virtud de hacer desaparecer siempre mi mal humor, lograron desarrugar mi entrecejo, ni menos arrancar una sonrisa de mis labios.

El conserje, el buen Boris, se acercó a mí diciéndome :

—¡ Vaya tarde para echar los trasmallos ! Hoy traen ustedes lo menos tres docenas de salmonetes. Ha cesado el noroeste y con el viento sur suave se ha quedado la mar como un plato.

—Esta tarde, amigo Boris, no saldré a pescar.

—¿Hay caza?

Sonrió tras las gafas recias de présbita, y su faz de sátiro socarrón se animó imaginando voluptuosidades.

—¡ Hay diablos !

Mi humor, de mil pares de esta clase de sujetos, me hizo el vacío en unos instantes, y cuando me dirigía en el bote para atracar en el muelle,

ni el pobre Tapia se atrevió a hablarme, temeroso de una repulsa.

* * *

A las cuatro, después de tomar el café en la Coral, casino filarmónico estupendamente situado frente al mar, en lo más fresco de Castro, siguiendo por el muelle de Ocharán, me encaminé al lugar de la cita.

Atravesé la playa, desierta a tales horas, y por la carretera nueva, que cruza las marismas y Brazo de Mar, llegué a la de Bilbao, que en aquel sitio inicia una cuesta que, después de varias curvas violentas, muere en lo alto del montecillo que da vista a Miaño.

Al pasar frente a una casa de labranza situada en la mitad de la cuesta, sentí un siseo que salía de unas matas cercanas, frente a dicha casa.

Adiviné, más que vi, los ojos negros y brillantes de Pepita, que entre las zarzas eran dos moras más.

Me cercioré de que nadie me seguía ni andaba por los alrededores, y saltando la cuneta me encontré al lado de la hermosa morena.

Nerviosísima, me agarró de la mano y me arrastró hacia la espesura. Grandes matas espinosas dificultaban nuestro paso ; pero ella, abriendo camino con su cuerpo elástico y duro de montañesa joven como una corza en fuga, penetraba entre

los arbustos, obligándome a seguirla en su carrera.

Llegamos a una explanada pequeña, cubierta de hierba fina y helechos y sombreada por los castaños, muy tupidos y llenos de hojas.

Pepita miró recelosa para todos lados, y tranquila ya, segura de que nadie espiaba por los alrededores, me apretó una mano contra su corazón preguntándome:

—¿Tú me has querido algo?

—¡Chica, qué pregunta! Creo que te he dado pruebas de ello. ¿No?

—¿Serás capaz de guardar un secreto en tu corazón?

—Tratándose de ti, soy una tumba.

—Pues bien; óyeme y júrame que jamás saldrá de tus labios lo que voy a decirte.

—Di.

—Ramiro...

Sus ojos brillaron como dos luces extrañas.

Me dió un poco de miedo su mirada.

—Ramiro nos había espiado y estaba al tanto de nuestras citas. Una tarde me recriminó por ello. Yo negué, y con zalamerías volví a conseguir que volviera a quererme. Pero ya, el que un día llegara a casarse conmigo era imposible. Además, el despecho le había hecho escapársele la lengua. Se hablaba de mí.

Hizo una pausa y medio sollozando continuó:

—Por eso quise que me enseñaras a nadar.

—¡Pero, Pepita! ¿Qué hiciste?

—¿Yo?, nada; el mar lo hizo todo. Todo lo más arrastrarlo como una sirena hasta la cueva. ¿No crees tú que la honra de una mujer bien vale la vida de un hombre?



LA NOVELA SUGESTIVA

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

HISPANOAMÉRICA		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre...	» 12	Semestre...	» 24
Trimestre..	» 6	Trimestre..	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



AURELIO GARCIA CARRERAS

DOÑA PACA

150 CTS